

Minshull o el deseo de evitarse problemas*

Desde las primeras páginas de éste muy interesante libro, se advierte el deseo (ya anticipado por los editores en el prefacio) de no tomar partido, abierta y francamente, es decir, el de adoptar una actitud ecléctica en la ya vieja controversia ideológica sobre la existencia *objetiva* de las regiones —en constante proceso de estructuración y transformación— sobre la superficie del planeta. Esta indecisión, que se amplía hasta alcanzar proporciones de verdadero temor para sostener una determinada idea “peligrosa”, campea a lo largo del trabajo del profesor inglés. Desde un principio W. G. East lanza su afirmación de que las regiones son “*conceptuales —creaciones de la mente del geógrafo— más bien que realidades intrínsecas y evidentes del paisaje*” y con ello respalda la posición idealista de Minshull. A partir de ahí se van desarrollando en la obra diversas concepciones, evidentes o discutibles unas, contradictorias y débiles otras, pero que merecen meditarse y que en el fondo no impiden considerar a este manual británico entre los mejores aparecidos últimamente en torno del tema del estudio geográfico regional.

El pecado de Minshull —en

verdad— consiste en basar mucho de su estructura analítica en las enseñanzas de varios geógrafos norteamericanos e ingleses (sobre todo Whittlesey, Dickinson y Hartshorne), cuya formación profesional es excelente pero a quienes su proyección ideológica sitúa lógicamente del lado de la filosofía idealista, haciendo que sus grandes virtudes científicas y su enorme experiencia se estrellen contra el muro de su tradicional comprensión del mundo. En ese pecado original está la penitencia del catedrático inglés. En la página 14 admite que hay partidarios de la otra teoría, los cuales sostienen que “*las regiones existen en la realidad, que desde un aeroplano una persona puede realmente ver una de ellas*” (!) pero . . . no se compromete con nadie porque “*en verdad ambas (teorías) contienen parte de la verdad*”. Y en muchas ocasiones el autor “*agarra el rábano por las hojas*”, pretendiendo que la ignorancia actual del hombre sobre los fenómenos naturales y sociales, la falta de estudios serios sobre regiones, incluso en muchos países desarrollados, el desconocimiento, en suma, de la realidad, demuestran que las regiones no existen y se necesitan “*crear*” por

* Roger Minshull, REGIONAL GEOGRAPHY, Hutchinson University Library, Londres, 1968, 168 pp.

la mente de los científicos. “*La idea de región —concluye— es a menudo nebulosa*” y en eso tiene razón, porque lo más difícil es siempre definir correctamente una cosa, de por sí muy complicada, y más difícil aún resulta ponerse de acuerdo sobre una definición. Pero lo extraño es que el autor presenta numerosas definiciones de investigadores de Europa Occidental mas no presenta una sola definición ni dice una sola palabra de los libros redactados por geógrafos europeos de ideología avanzada, como P. George o Y. Lacoste, y mucho menos se refiere en ningún momento a las obras de los especialistas polacos, soviéticos o de Alemania Democrática, que tantas contribuciones han hecho a la teoría de las regiones, tanto naturales como económicas.

Ahora bien, desde otros ángulos el libro es muy meritorio y ofrece aportaciones de importancia. Habla de la geografía regional como principal objetivo de la geografía moderna; reafirma que en materia de planeación regional “*la idea de la división regional por cuencas hidrográficas ya no es la respuesta al problema*”, rebate la antigua tesis del determinismo geográfico, que diversos autores sostienen (a veces sin saber que lo hacen), y niega que las regiones naturales puedan identificarse con las económicas. Además, señala que muchos especialistas en esta materia se han visto influenciados por el hecho de que “*en geografía el principal tema de trabajo ha sido siempre la naturaleza*”, y por eso a veces no se toman en cuenta los facto-

res económicos y sociales como decisivos en el estudio regional. El análisis geoeconómico regional, concluye, es doblemente difícil de realizar, pero lleva a un menor grado de error y a una generalización menor de los fenómenos: es más concreto y más útil.

Minshull dedica todo un capítulo final a reafirmar —con Whittlesey— la necesidad de utilizar el método unitario de estudio que se engloba en la palabra inglesa *compage*, cuyo propósito en el fondo coincide —por lo menos en muchas de sus líneas generales y en sus propósitos— con la metodología de investigación de la verdadera región geoeconómica, pues en el *compage* se incluyen “*todos los aspectos del medio físico, biótico y social, que están asociados funcionalmente con la ocupación de la Tierra por el hombre.*” Propone escoger veinte distintos grupos de fenómenos para llevar a cabo los trabajos en las regiones, tanto “de organización” como las que él mismo llama “*complejas*” (*complex*). Aquí vuelve a coincidir con las ideas de los geógrafos “orientales”, pero su formación intelectual no le permite reconocer dichas coincidencias con puntos de vista y métodos materialistas, que aceptan la noción de *región* como un todo interrelacionado.

Minshull previene reiteradamente contra la tendencia, actualmente muy poderosa entre especialistas de los Estados Unidos, de convertir el estudio geográfico regional en un “*método de*

computadora”, e insiste en que lo determinante en todo estudio debe ser la investigación de las complejas causas y factores históricos, que se plasman en la distribución demográfica, en la forma de utilizar los recursos, en las raíces y en las transformaciones sociales, muchas veces imposibles de medir en forma matemática,

pero que son ingredientes vitales en el todo objetivo. Sólo así —termina— se podrá alcanzar en el futuro el ideal de hacer de cada geógrafo especializado en problemas regionales “*un hombre completo entre todos los hombres*” por lo que respecta a su particular área de estudios. ÁNGEL BASOLS BATALLA.